

Reproducido en [www.relats.org](http://www.relats.org)

## **TRES NOTAS SOBRE FUTURO DEL TRABAJO Y DEMOCRACIA**

**Guido Riso**

**Abogado. Doctor en Ciencias Jurídicas.**

**Especialista en Constitucionalismo.**

**Profesor universitario de grado y posgrado**

**2017**

### **1.LA VIGENCIA DE LOS DERECHOS FUNDAMENTALES EN LAS DEMOCRACIAS MODERNAS**

Las democracias liberales se enfrentan sin duda a una crisis de representación que se manifiesta por un creciente descontento social. Una de las principales consecuencias de esta crisis es que comienza a transformar a nuestros sistemas políticos.

Si miramos lo que ocurre en gran parte del mundo, vamos a observar un agotamiento de las formas de gobierno tradicionales. Sucede que en el trasfondo de esta crisis de modelos de gobernanza, aquello que cruje es la democracia, la cual ha sido puesta en jaque por un sistema económico que ha generado un escenario mundial en el cual el 45.7 % de la riqueza está en manos del 0.7 % de la población, es decir, 34 millones de personas<sup>1</sup> .

La democracia moderna ha sido derrotada por la desigualdad, no ha conseguido garantizar los derechos fundamentales de millones de seres humanos que desde hace tiempo intentan sobrevivir con un dólar diario.

El mundo está poblado por sobrevivientes, por trabajadores degradados, por jubilaciones mínimas, por refugiados que huyen de

los bombardeos o del hambre, por batallones de desempleados, por violencia institucional, por sistemas jurídicos indiferentes y por burocracias indignantes.

Pues la desigualdad conforme los niveles en que se encuentra actualmente, se constituye ya como una violación flagrante a la dignidad humana, ha dejado de ser exclusivamente una cuestión de dinero y distribución de riqueza para afectar por tanto directamente al orden sociocultural, puesto que la desigualdad moderna reduce nuestra salud, nuestra libertad, nuestra capacidad cognitiva, nuestra autoestima, en definitiva, nos limita la posibilidad para actuar y participar plenamente en el mundo.

Todo esto frente a estantes repletos de tratados, convenciones y documentos internacionales en materia de derechos humanos, y ante la mirada inútil de sus respectivos órganos jurisdiccionales de contralor<sup>2</sup> .

El derecho internacional de los derechos humanos y su correspondiente ingeniería de cortes, tribunales, comités y comisiones, todos encargados de velar por la promoción y control de los plexos normativos, se han convertido en la fachada luminosa de un edificio que por dentro está en ruinas. Puedo sintetizarlo del siguiente modo: el sistema actual ha convertido a la vida moderna en la reiteración de momentos angustiosos.

En la palabra del filósofo Byung-Chul Han, hemos construido “La sociedad del cansancio”<sup>3</sup> como efecto final de un sistema deshumanizante, y cuidado, uno de los mayores peligros para el sistema político es que el cansancio no se limita al individuo y a su angustia personal, también tiene una dimensión social, pues el cansancio deprime, aísla y divide. Estos cansancios son violencia, porque destruyen toda comunidad, toda cercanía, incluso - sostiene el autor- el mismo lenguaje.

Es por ello que la democracia tambalea, porque no encaja en este modelo de sociedad cansada y arrasada por la desigualdad.

En este contexto, en donde los efectos de la concentración de la riqueza afectan la dignidad y la salud de las grandes mayorías, los

sistemas políticos modernos se mostraron impotentes y quedaron expuestos a tremendas contradicciones, y en consecuencia, han entrado en una doble crisis de extrema magnitud.

1-Crisis de operatividad que tiene que ver con el aspecto formal del sistema político, es decir, con la forma y la gestión gubernamental; en otras palabras: los gobiernos funcionan mal, no fueron capaces de regular semejante concentración de la economía y detener la devastación social.

2-Crisis de legitimidad que se refiere y afecta al aspecto sustancial del sistema político, o sea, la democracia. La sociedad del cansancio es cada vez menos democrática, pues a mayor cansancio menor apego a la democracia.

Urge entonces resolver el aspecto formal, es decir, sino pensamos una nueva forma de gobernanza y otras categorías de gobierno con el poder suficiente para recuperar legitimidad, la sociedad del cansancio arrasará con la democracia misma.

En otras palabras: para resolver la crisis de legitimidad se debe primero solucionar el problema de operatividad. Ese es el camino y no el inverso como algunos creen.

Si el sistema político resuelve lo operativo entonces recupera legitimidad. El asunto se vuelve aun más delicado cuando vemos como a medida que avanza la sociedad del cansancio comienzan a surgir sistemas políticos basados en liderazgos de tipo autocráticos, una especie de sistema de autocracias competitivas, en donde los propios pueblos le brindan apoyo a quienes les prometen seguridad y ultranacionalismo a cambio de ceder parte de sus libertades y derechos civiles y políticos.

La sociedad del cansancio comienza a avanzar por sobre la democracia. Esto no es una mera conjetura teórica, ya está sucediendo. Aparecen los voceros de los cansados. Ejemplos concretos y actuales: Presidente Vladimir Putin en Rusia, Rodrigo Duterte en Filipinas, Recep Erdogan en Turquía, Abdel al-Sisi en Egipto, Viktor Orban en Hungría, los Le Pen en Francia, el partido "Amanecer Dorado" de Grecia, Gianluca Iannone (Casa Pound en

Italia), Frauke Petry (Alternativa para Alemania), Norbert Hofer (Partido de la Libertad de Austria), Timo Soini (Verdaderos Finlandeses), Trump, o bien el fenómeno del Brexit británico que amenaza con replicarse en otros países de la Unión Europea.

Estos líderes se presentan como fuertes críticos del sistema, lo ponen en duda y explotan el cansancio de la gente. Su estrategia consiste en establecer una frontera entre el pueblo y la democracia.

La legitimidad de estos liderazgos es reforzada día a día por gobiernos cada vez menos capaces de evitar el deterioro económico de sus pueblos, de sus trabajadores, de sus estudiantes, de sus jóvenes; gobiernos incapaces de asegurar una vejez digna a sus ciudadanos, que no consiguen controlar la concentración del capital y de la información, la transferencia de riqueza en cuestión de segundos, que no logran resolver el fenomenal flagelo del crimen organizado, del narcotráfico, la trata de personas, la cibercriminalidad y la contaminación ambiental, todo lo cual avanza ante el mármol de las instituciones.

En ese contexto los sistemas de gobierno tradicionales han quedado expuestos ante la mirada de todos como verdaderas construcciones obsoletas, como un conjunto de instituciones inútiles y prácticas políticas que no resuelven los verdaderos problemas de las personas.

La consecuencia de este fenómeno es que las formas políticas de representación y de gestión tradicionales, no solo dejaron de contar con la confianza popular, directamente las mayorías las asumen como parte de sus problemas.

La democracia, tal cual la conocemos hoy, está transitando sus últimos años de vigencia, excepcionalmente algo que provenga del régimen actual podrá resolver la fenomenal crisis de confianza existente sobre el sistema.

Surge entonces el siguiente interrogante: ¿Estamos ante el fracaso del sistema político actual? La respuesta es si. El esquema institucional vigente no hace más que deteriorar gradualmente la calidad de vida de las personas y generar mayores dosis de cansancio social.

Como sostuve antes: para las grandes mayorías la vida moderna que les ofreció la democracia liberal ha sido una sucesión de momentos angustiosos.

Lo cierto es que desde que la humanidad cuenta con algún sistema político medianamente organizado hasta el nacimiento de los Estados nación, el costo de los pueblos ha sido siempre –salvo algunos períodos excepcionales- padecer la desigualdad económica originada por una demoledora distribución de la riqueza, generando finalmente las sociedades del cansancio y la crisis que hoy sufren las democracias modernas.

Pues es fundamental resaltar nuevamente que en nuestros días la igualdad o desigualdad ya no se refieren a la tradicional diferencia entre niveles de confort o acceso a bienes y servicios, como afirmamos párrafos antes, no tienen una significación netamente económica o material, hoy se ha llegado al extremo en que hacen la diferencia entre la dignidad e indignidad de las personas.

Estamos ante la paradoja, como sostiene Thomas Piketty, en que la igualdad o desigualdad no se vincula con el desarrollo económico, es un error sostener que la igualdad es una consecuencia directa de la prosperidad económica, como también es un error afirmar que la desigualdad es consecuencia del deterioro económico<sup>4</sup>.

Es por eso que vemos en tantos lugares de nuestro planeta, como en contextos de crecimiento de la economía aumenta la desigualdad o, por el contrario, en periodos de recesión económica aumenta la igualdad. Confundimos el PBI con el índice de Gini.

Sucede que la variable que se vincula con la igualdad en la calidad de vida es la “distribución”, específicamente el método, el criterio y la finalidad que motiva la distribución.

Lo cierto es que -guste o no- el sistema político solo tiene influencia sobre el método de la distribución, pues ha cedido al mercado el control tanto del criterio como de la finalidad.

El Estado entrego la democracia a las corporaciones. A estas alturas, ya es una realidad histórica que los Estados no han conseguido

recuperar el control sobre el criterio y la finalidad de la distribución de la riqueza.

Según Piketty este retroceso histórico se vincula a la existencia de dos modelos diferentes de funcionamiento del capitalismo y que la democracia no pudo regular. El modelo “a” que se caracteriza por el crecimiento lento (1% anual) y un reparto desigual que propicia la existencia de grandes patrimonios hereditarios. Según el economista francés el modelo “a” predominó hasta la Belle Époque, momento a partir del cual inicia su decadencia causada por las guerras mundiales y los impuestos sobre las grandes fortunas.

Ante el deterioro post bélico y a partir de la influencia de Keynes, surge entonces el modelo “b” en el cual se imponen ciertas tendencias fiscales igualitarias generando un crecimiento más democrático. Pero –según formula el autor citado- desde el año 1976 a esta parte de la historia asistimos a un lento regreso al antiguo modelo “a”, estamos volviendo, por tanto, a la vieja desigualdad del siglo XIX y a estadios pre-democráticos; la diferencia es que ahora sucede en pleno auge de la democracia.

Bajo este modelo, y aun siendo plenamente conscientes de la situación, los Estados democráticos no logran detener la tendencia hacia mayores concentraciones de ingresos y hacia modelos políticos autoritarios, y nada indica que consigan hacerlo.

La primera conclusión es desoladora: El Estado-nación ha perdido su función original, su causa origen, que es la protección y cuidado de su población y ha devenido en un gestor de problemas técnicos, en una suerte de agente corporativo.

La única opción deseable para disminuir la desigualdad y en consecuencia salvar las libertades propias de la democracia es refundar los Estados y los sistemas políticos.

Ahora bien, la calificación de deseable a la opción que proponemos no es menor en tanto existen posiciones al extremo pesimistas como la expresada por el historiador Walter Scheidel, quien asegura que a partir del estudio de las tendencias de largo plazo de la historia queda probado que la desigualdad solo se arregla con hechos violentos. En

esta línea argumentativa concluye que las guerras masivas, las pestes o el colapso del Estado son los únicos niveladores de la riqueza<sup>5</sup> .

En el libro citado, el actual profesor de historia de la Universidad de Stanford, afirma que el costo de la civilización ha sido una flagrante desigualdad económica desde la Edad de Piedra hasta nuestra era, y que como excepciones -según su teoría- resultan los tiempos de violencia generalizada como las grandes guerras, revoluciones o las pandemias. Sólo episodios violentos de escala masiva han logrado reducir sustancialmente la desigualdad.

En otras palabras, los grandes momentos de igualdad no siempre han tenido la misma causa, pero han compartido siempre una misma raíz: rupturas violentas del orden establecido. Miles de años de historia, sostiene Scheidel, demuestran que cada vez que hay una reducción importante en la desigualdad, sucede en forma simultánea a un shock de violencia masiva.

Frente a estos niveles de pesimismo sobre la resolución de la desigualdad nos vemos cada vez más obligados a pensar una nueva forma de gobierno que contenga los valores de la democracia y los derechos humanos.

Charles Darwin decía: "No es la especie más fuerte la que sobrevive, ni la más inteligente, sino la que mejor se adapta a los cambios" Esto vale para los sistemas políticos. Me refiero al aspecto formal del sistema, es decir al aspecto operativo del que hablábamos antes.

El modo de gestionar la democracia en cuanto capacidad de organizar relaciones y producir mayor fuerza política que fortalezca al Estado; solo así contará este con la potencia suficiente para imponerse ante el capitalismo corporativo y recuperar el control sobre los criterios y finalidades aplicables a la distribución de la riqueza.

Los Estados deben asumir la construcción pacífica de la historia, pues de lo contrario la salida del paradigma político actual -como ya lo estamos viendo no será racional, no será organizada, será empujada por la necesidad, el miedo y la frustración, convirtiendo a nuestra época en un eslabón más de esa historia que le da la razón a Scheidel.

1 “Informe sobre riqueza global 2016 Credit Suisse” (credit-suisse.com)

2 Therborn, Göran, “La desigualdad mata”, Alianza Editorial, España, 2015

3 Byung-Chul Han, “La sociedad del cansancio”, Herder, Barcelona, 2012

4 Piketty, Thomas, “El Capital en el siglo XXI”, FCE, Madrid, 2014

5 Scheidel, Walter, “El Gran Nivelador: Violencia y la historia de la desigualdad desde la Edad de Piedra hasta el siglo 21”, Princeton University Press, 2017

## **2.NUESTRO SISTEMA HA MUERTO. HACIA EL FINAL DEL HUMANISMO POLITICO**

Que las formas de gobierno tradicionales están experimentando un agotamiento a nivel global producto de una fuerte crisis de legitimidad social ya no es una novedad, lo realmente conmoviente es que en menos de 30 años los sistemas políticos, tal cual los conocemos hoy, dejarán de existir y serán remplazados por redes de algoritmos, sistemas informáticos e inteligencia artificial en donde la intervención humana -si bien no será excluida definitivamente- se verá reducida a una mínima participación.

La clásica ingeniería institucional compuesta por Parlamentos, Poderes Ejecutivos, sistemas jurisdiccionales y demás organismos burocráticos, será una vieja postal del pasado.

El ser humano, empujado por un sentimiento de frustración hacia sus formas tradicionales de gobierno y un fuerte pesimismo antropológico, en un período histórico de alta innovación y fascinación tecnológica, depositará su confianza y autoridad en sistemas de toma de

decisiones gubernamentales basados primordialmente en algoritmos e inteligencia artificial.

Sucede que las clásicas formas de gobernanza han generado sobre todo en las generaciones jóvenes una desconfianza extrema en el hombre. Esta generación no cree en lo humano y observa a la revolución tecnológica como el origen de una nueva era que nos resguardará de nosotros mismos. Veamos.

Hace 40 años internet no existía, nadie imaginaba algo semejante, sin embargo surgió, nadie la pidió, nadie votó por ella y aquí está, transformando como nunca antes nuestro sistema de vida.

Del mismo modo nadie votó por la inteligencia artificial, por el desarrollo de algoritmos o por el avance de la robótica a partir de los cuales vendrá la mayor revolución política jamás imaginada.

Computadoras cognitivas, Internet, objetos conectados, inteligencia artificial, algoritmos, aplicaciones, Google, Facebook, redes sociales, serán los nuevos protagonistas políticos.

Según la organización inglesa Nesta que lleva adelante proyectos de innovación tecnológica en Europa, en las próximas décadas cerca del 70% de las actuales profesiones serán efectuadas por algoritmos, códigos informáticos y robots. También sucederá con abogados, jueces, diputados o ministros de economía y la administración y la función pública no estarán exentas a este proceso de transformación.

¿Como afectará esto a nuestros tradicionales sistemas políticos?

La prospectiva científica indica que estamos avanzando velozmente en un proceso de transferencia de autoridad a los algoritmos y estos adquieren una rápida aceptación basada en la eficacia constatada.

Daré algunos ejemplos a nivel básico.

Los espejos inteligentes de Microsoft que mediante sensores escruta mis gestos, mi rostro, mi temperatura corporal o mis parpadeos constituye un flujo de información que procesada me informa como estoy, como me siento, como dormí, es decir, mediante inteligencia artificial nuestros gestos más íntimos e imperceptibles son analizados llegando a informarnos sobre nuestro propio estado de ánimo e incluso

en función de los resultados- de sugerirnos tomar vitaminas, hacer deporte o salir de vacaciones.

Segundo ejemplo: tradicionalmente ante el deseo de comprar un libro uno se dirige a la librería, mira, ojea páginas y elige, sin embargo Amazon, Google o Kindle en función de las compras y consultas que hemos realizado, tiene un conocimiento minucioso de nuestros comportamientos de manera evolutiva y están en condiciones de saber mejor que nosotros mismos que libro nos atraerá y en consecuencia compraríamos.

Incluso existen dispositivos que mediante sensores conectados captan y escanean nuestro rostro y expresiones mientras leemos. De tal modo se detecta que página del libro nos emocionó, cual nos enojó, cual no captó suficientemente nuestra atención, es decir, las empresas no solo saben que libro nos gustará leer en el futuro, saben como reaccionaremos frente a cada párrafo.

Del mismo modo Netflix sabe que películas miramos, cuales hemos visto más de una vez, cuales hemos comenzado y luego interrumpido, es decir, Netflix, sabe exactamente que película o serie será de nuestro agrado.

El último ejemplo tiene que ver con un sitio de relacionamiento amoroso estadounidense llamado Harmony en donde no es el usuario quien selecciona con quien se va a vincular, sino un software que analiza las compatibilidades en función a miles de variables. Actualmente en los Estados Unidos, una de cada cinco parejas comienza de ese modo: por indicación de un algoritmo.

En suma, estamos viviendo un periodo de pérdida gradual de nuestras libertades tradicionales, y esto es un proceso activo, voluntariamente dejamos que la tecnología avance sobre la cotidianidad sin la suficiente conciencia para entender como esto reconfigurará nuestras conductas.

Pues la resistencia a creer que alguien exterior nos conoce mejor que nosotros mismos se rompe, por ejemplo, cuando los libros que Amazon seleccionó para vos o las series que Netflix te recomendó te gustaron realmente, pues allí el proceso de transferencia de autoridad

se completó; es decir, estos algoritmos adquieren legitimidad a partir de los resultados. Esta reducción de libertad frente a la eficacia constatada de los algoritmos ya sucede y es celebrada por toda una sociedad fascinada con la tecnología.

Otro dato significativo es que en las generaciones jóvenes la elección personal ya no es vista del modo tradicional. No se advierte como una pérdida de libertad la transferencia de autoridad a un algoritmo, pues a ese algoritmo se lo observa como una extensión de la propia personalidad. La persona se expande, anexa a su parte biológica y psíquica nuevas capacidades.

Ahora bien ¿Cómo esta innovación tecnológica impactará sobre los tradicionales sistemas de gobernanza?

Gradual e imperceptiblemente iremos dejando de contar con las estructuras para poder decidir colectivamente del modo tradicional, lo cual terminará con el remplazo de los mecanismos e instituciones políticas clásicas, por redes informáticas basadas en algoritmos e inteligencia artificial desde las cuales se tomarán las decisiones de administración y gestión de gobierno al igual que las burocracias judiciales, en donde la intervención humana -si bien no será excluida definitivamente- se verá reducida a una mínima participación.

### **3.MODERNIDAD Y DISRUPCIÓN DE LOS SISTEMAS POLITICOS, HACIA OTRAS FORMAS DE GOBIERNO**

#### **I. Introducción**

Que las formas de gobierno tradicionales están experimentando un agotamiento a nivel global producto de una fuerte crisis de legitimidad social ya no es una novedad, lo realmente conmocionante es que en menos de 30 años los sistemas políticos, tal cual los conocemos hoy, dejarán de existir y serán remplazados por redes de algoritmos, sistemas informáticos e inteligencia artificial en donde la intervención humana -si bien no será excluida definitivamente- se verá reducida a una mínima participación.

La clásica ingeniería institucional compuesta por Parlamentos, Poderes Ejecutivos, sistemas jurisdiccionales y demás organismos burocráticos, será una vieja postal del pasado. El ser humano, empujado por un sentimiento de frustración hacia sus formas tradicionales de gobierno y un fuerte pesimismo antropológico en un período histórico de alta innovación y fascinación tecnológica, depositará su confianza y autoridad en sistemas de toma de decisiones gubernamentales basados primordialmente en algoritmos e inteligencia artificial.

## II. Desarrollo

1- Como civilización hemos aprendido la mayor lección de todas, no podemos confiar en nosotros mismos, por varias razones: limitaciones biológicas, orgánicas, intelectuales, psicológicas, patológicas, pero sobre todo por haber construido una historia plagada de guerras, invasiones, conquistas, minas antipersonales y bombas atómicas que nos dejó como resultado un mundo en decadencia, poblado por millones de hombres y mujeres que luchan día a día contra el hambre, contra epidemias, contra el abandono institucional y contra la impotencia de los sistemas jurídicos.

Un mundo en el cual, según el informe del año 2016 realizado por “Oxfam International” llamado “Una economía al servicio del 1%”, tan solo 62 personas poseen la misma riqueza que la mitad de la población mundial.[1]

Además, somos la civilización que no solo se destruye a si misma sino también a su entorno ambiental. Pues la degradación del medio ambiente, el recalentamiento global y sus efectos devastadores sobre el planeta no hacen más que avanzar día a día. Es decir, hemos llegado a tal nivel de decadencia que no solo destruimos el orden sociocultural, vamos camino a terminar también con el equilibrio ambiental.

El punto central es que todo ello aconteció y sigue sucediendo al amparo de las formas de gobierno tradicionales y ante la mirada de una comunidad internacional que reaccionó con tratados, convenciones y documentos internacionales en materia de derechos humanos y una vasta ingeniería de órganos jurisdiccionales de

contralor que -a la vista de los resultados- han sido más funcionales a la decadencia señalada que a la prevención y solución de estos flagelos.

En conclusión, la legitimidad de los sistemas políticos se esfuma segundo a segundo debido a la flagrante impotencia de los gobiernos para evitar, tanto la destrucción ambiental, como el deterioro económico y social de sus pueblos.

En otras palabras, las formas de gobierno tradicionales son observadas –sobre todo por las generaciones jóvenes- como verdaderas construcciones obsoletas, como un conjunto de instituciones y organismos que no resuelven los verdaderos problemas de las personas y que solo son útiles para sostener los privilegios de las burocracias políticas.

Lo cierto es que semejantes niveles de frustración han inoculado en dichas generaciones un fuerte pesimismo que va más allá de los sistemas políticos y las formas de gobernanza, pues se ha generado directamente un pesimismo de tipo antropológico, y en consecuencia, una desconfianza extrema en el hombre.

Esta generación no cree en lo humano y aspira a ser salvada mediante una revolución tecnológica a la cual observa como el origen de una nueva era que nos resguardará de nosotros mismos. Pero cuidado, pues nos enfrentaremos a una paradoja inquietante. Lo explicaré.

2- El momento histórico es inédito, las condiciones tecnológicas han cambiado y por primera vez en toda la historia de la humanidad se producirá una revolución política en un contexto con desarrollo de habilidades extrahumanas y en pleno proceso de adquisición de nuevas capacidades[2].

Hace 40 años internet no existía, nadie imaginaba algo siquiera semejante, sin embargo surgió, nadie la pidió, nadie reclamaba por su existencia, nadie votó por ella, sin embargo aquí está, transformando como nunca antes nuestro sistema de vida.

Del mismo modo nadie votó por la inteligencia artificial, por el desarrollo de algoritmos o por el avance de la robótica a de los cuales

vendrá la mayor revolución política jamás imaginada y muy poco de lo que conocemos hasta ahora nos será útil en los próximos 30 años.

Computadoras cognitivas, Internet, objetos conectados, inteligencia artificial, algoritmos, aplicaciones, Google, Facebook, redes sociales, serán los nuevos protagonistas políticos y lo serán por decisión nuestra.

Según la organización inglesa Nesta, que lleva adelante proyectos de innovación tecnológica en Europa, en las próximas décadas cerca del 70% de las actuales profesiones serán efectuadas por algoritmos, códigos informáticos y robots.[3] También sucederá con los abogados, jueces, diputados o ministros de economía y la administración y la función pública no estarán exentas a este proceso de transformación.

3- La prospectiva científica indica que estamos avanzando velozmente en un proceso de transferencia de autoridad a los algoritmos y estos adquieren una rápida aceptación basada en la eficacia constatada.

Daré algunos ejemplos a nivel básico que ya operan en el cotidiano.

Los espejos inteligentes de Microsoft que mediante sensores escruta mis gestos, mi rostro, mi temperatura corporal, mis parpadeos, entre tantas otras cosas, constituye un flujo de información que procesada me informa como estoy, como me siento, como dormí, es decir, mediante inteligencia artificial nuestros gestos más íntimos e imperceptibles son analizados llegando a informarme sobre mi propio estado de ánimo e incluso -en función de los resultados- de sugerirme tomar ciertas vitaminas, hacer deporte o irme de vacaciones.

Segundo ejemplo: tradicionalmente ante el deseo de leer un libro uno se dirige a la librería, mira, consulta al librero, ojea algunas páginas y elige, sin embargo, Amazon, Google o Kindle en función de las compras y consultas que hemos realizado, tiene un conocimiento minucioso de nuestros comportamientos de manera evolutiva y están en condiciones de saber mejor que nosotros mismos que libro nos atraerá y en consecuencia compraríamos.

Incluso existen dispositivos que mediante sensores conectados captan y escanean nuestro rostro y expresiones mientras leemos. De tal modo se detecta que página del libro nos emocionó, cual nos enojó,

cual no captó suficientemente nuestra atención, es decir, las empresas no solo saben que libro nos gustará leer en el futuro, saben cómo reaccionaremos frente a cada párrafo.

Del mismo modo Netflix sabe que películas miramos, cuales hemos visto más de una vez, cuales hemos comenzado y luego interrumpido, es decir, Netflix, sabe exactamente que película o serie será de nuestro gusto.

El último ejemplo tiene que ver con un sitio de relacionamiento amoroso estadounidense llamado Harmony en donde no es el usuario quien selecciona con quien se va a vincular, sino un software que analiza las compatibilidades en función a miles de variables. Actualmente en los Estados Unidos, una de cada cinco parejas comienza de ese modo: por indicación de un algoritmo.

En suma, estamos viviendo un periodo de pérdida gradual de nuestras libertades tradicionales y esto es un proceso activo, voluntariamente dejamos que la tecnología avance sobre la cotidianidad sin la suficiente conciencia para entender como reconfigurará nuestras conductas.

Pues la resistencia a creer que alguien exterior nos conoce mejor que nosotros mismos se rompe, por ejemplo cuando los libros que Amazon seleccionó para vos o las series que Netflix te recomendó te gustaron realmente, pues allí el proceso de transferencia de autoridad se completó; es decir, estos algoritmos adquieren legitimidad a partir de los resultados. Esta reducción de libertad frente a la eficacia constatada de los algoritmos ya sucede y es celebrada por toda una sociedad fascinada con la tecnología.

4- Si en la Francia de los siglos XVIII y XIX -que desconfiaba a tal extremo de sus jueces que les prohibió interpretar la ley- hubiesen tenido a su alcance nuestra tecnología, la escuela exegética hubiese establecido un sistema judicial informático basado en algoritmos requiriéndose mínima intervención de un juez humano.

Esta reducción de libertad, y en consecuencia de vida, frente a la eficacia constatada de los algoritmos -cuya magnitud es difícil de comprender por completo- se vive como un reaseguro de opción

correcta y hasta de alivio existencial, pues tomar decisiones es históricamente un potente generador de angustia en las personas.

Sucede que en todos los aspectos de nuestra vida y durante todo el tiempo estamos tomando decisiones y en cada una de ellas -desde las más comunes e intrascendentes hasta las sumamente relevantes- intervienen una cantidad enorme de factores, lo cual se complejiza aun más en el marco de un mundo repleto de datos e información y una acelerada forma de vida.

Es de decir, el temor a decidir de manera equivocada ya sea por escasez de tiempo, por limitaciones propias o por sobreinformación, construye un proceso angustioso de toma de decisiones que de poder lo evitaríamos.

Humanamente no es posible predecir cuándo se está tomando una decisión equivocada, sin embargo, esta afirmación es vista desde otra perspectiva por las generaciones jóvenes que reconocen en la tecnología la herramienta para disminuir el margen de error sin que experimenten por ello una pérdida de libertad personal.

En efecto, un dato significativo es que en dichas generaciones la elección personal (la capacidad de elegir por uno mismo) ya no es vista del modo tradicional. No se

advierte como una pérdida de libertad la transferencia de autoridad a un algoritmo, pues a ese algoritmo se lo observa como una extensión de la propia personalidad.

La persona se expande, anexa a su parte biológica y psíquica nuevas capacidades. Eso "otro" que con nuestro aval cada día se apodera un poco más de nosotros, terminará reconfigurando no solo la conducta, sino también la psiquis humana.

Este proceso aplica tanto a un tratamiento médico como a una decisión económica, solo que es más lenta su aplicación en dichas áreas. Pero llegará, el proceso de transferencia de autoridad se completará y alcanzará a todas las áreas de la vida y modificará el sentido de la libertad, a tal punto que nuestro parámetro de libertad será totalmente resignificado.

Dejaremos de ser libres en el sentido tradicional, o sea bajo la categoría elaborada a partir de las ideas y valores del iluminismo y racionalismo de hace dos siglos.

Pasaremos de la “riesgosa” libertad humana a la libertad sin margen de error de los algoritmos y la inteligencia artificial. Aunque hoy resulte increíble esta nueva libertad gozará de mayor aceptación que su versión del siglo XVIII pues -pese a que la figura del ser humano como ente autónomo efectivamente se deprecia frente a los sistemas que deciden por nosotros- no advertimos esto como un problema, en tanto nuestra representación de lo tecnológico se encuentra estrechamente vinculada a la sensación de progreso.

No relacionamos la tecnología con el retroceso o la involución y para nuestra cultura el progreso tiene un sentido exclusivamente positivo.

5- Ahora bien: ¿Cómo esta innovación tecnológica impactará sobre los tradicionales sistemas de gobernanza?

Gradual e imperceptiblemente iremos dejando de contar con las estructuras para poder decidir colectivamente del modo tradicional, lo cual terminará con el reemplazo de los mecanismos e instituciones políticas clásicas por redes informáticas basadas en algoritmos e inteligencia artificial desde las cuales se tomarán las decisiones de administración y gestión de gobierno al igual que las burocracias judiciales, en donde la intervención humana -si bien no será excluida definitivamente- se verá reducida a una mínima participación. Esta etapa marcará el inicio del poshumanismo.

### III. Conclusión

Para finalizar es importante señalar que mientras las grandes compañías tecnológicas llevan adelante sus propias investigaciones y desarrollos sobre inteligencia artificial, al nivel de haberse unido mediante el convenio común al que denominaron “Partnership on AI”[4], los responsables políticos -desde las derechas a las izquierdas- observan a esta innovación tecnológica sin suficiente distancia crítica y ninguno piensa en su verdadero impacto sobre los devaluados sistemas de gobernanza.

Lo diré nuevamente: esta revolución producirá la muerte de los mecanismos e instituciones políticas tradicionales.

Vamos directo a una organización automatizada y algorítmica de la política, tendremos sistemas políticos basados en la negación de los principios humanistas, en virtud de la experiencia histórica y la supuesta superioridad de los sistemas de inteligencia artificial y como dije, las mayorías no lo vivirán –aunque lo será- como una esclavitud tecnológica.

Estamos siendo testigos privilegiados de la mayor despolitización en la historia de la humanidad, del desprestigio de lo humano, de la erradicación de la autonomía y del libre albedrío, todo lo cual es celebrado universalmente bajo los efectos de la fascinación tecnológica y el pesimismo antropológico.

Está emergiendo delante de nuestras narices una nueva forma de gobernanza y lamentablemente hay muy pocos discursos críticos. Necesitamos reaccionar ya mismo ante este movimiento que apunta a modificar radicalmente nuestra existencia.

[1] [www.oxfam.org](http://www.oxfam.org)

Similar resultado arrojó el “Informe sobre riqueza global 2016” del Credit Suisse. El 45 % de la riqueza quedó en manos del 0.7 % de la población. Fuente ([creditsuisse.com](http://creditsuisse.com))

[2] A este fenómeno lo denomino Tecno revolución y el inicio de una nueva etapa: el poshumanismo.

[3] [www.nesta.org.uk](http://www.nesta.org.uk)

[4] [www.partnershiponai.org](http://www.partnershiponai.org)